

STPRM

Sindicalismo Negro

POR LORENZO MEYER

VISTO desde un cierto ángulo, el espectáculo resulta simplemente fascinante: fortunas multimillonarias manejadas como cuentas personales, sospechas de fraude por cientos e incluso miles de millones de pesos, asesinatos, secuestros, fortunas incomprensibles jugadas en casinos extranjeros, muertes en circunstancias sospechosas; en fin, ahí están todos los elementos para una película de gangsters. Sin embargo, visto desde otro ángulo, el espectáculo del sindicato petrolero actual, unido a la historia de la administración reciente de esa industria, resulta insostenible. Tal pareciera que la corrupción es lo único real, el elemento más constante y ubicuo de la historia petrolera. Frente a una epopeya como la del 18 de marzo de 1938, está el otro lado de la medalla: un historial como el de Héctor García Hernández (a) "El Tramapas", de Joaquín Hernández Galicia (a) "La Quina" o de Salvador Barragán Camacho.

La nacionalización de la industria petrolera en 1938 es uno de los momentos cumbres del nacionalismo mexicano; pero, desgraciadamente, ahí se encuentran también las raíces de la increíble corrupción que ha predominado en Pemex. Veamos. Los esfuerzos de los gobiernos revolucionarios por aumentar su control sobre la riqueza petrolera mexicana —controlada desde su origen casi por entero por empresas extranjeras— son anteriores incluso a la Constitución de 1917.

Por años, las diferentes administraciones, desde la presidida por Carranza hasta la de Calles, buscaron sin mucho éxito modificar en favor de la nación y del Estado mexicanos las bases jurídicas en las que se asentaba la poderosa

industria petrolera, para así aumentar la participación nacional en la explotación de un recurso natural que se destinaba básicamente a la exportación.

★

CUANDO la fuerza de las empresas extranjeras —apoyadas por sus respectivos gobiernos— hizo fracasar estos intentos, el gobierno decidió crear una empresa nacional, Petromex, que explotara los depósitos de hidrocarburos en las "zonas federales" contiguas a los viejos campos petroleros de las empresas, y que de esta forma compitiara con ellas, por lo menos en el mercado interno.

La debilidad económica, tanto de Petromex como del gobierno, hizo que este esfuerzo también resultara fallido. Fue entonces, en la segunda mitad de los años 30, cuando el Presidente Cárdenas decidió seguir una nueva estrategia. Dejó a un lado los argumentos legales y los intentos de crear un competidor oficial a las empresas extranjeras y, en cambio, auspició la unión de los múltiples sindicatos petroleros en uno solo, nacional y ligado al gobierno, al cual usó como ariete para derribar las poderosas defensas que las compañías petroleras extranjeras habían construido durante más de 30 años.

La necesidad estadounidense de forjar una alianza con América Latina en visperas de la Segunda Guerra Mundial, y el enorme poder político concentrado por la Presidencia, al dar Cárdenas al régimen revolucionario una verdadera base de masas —producto de su política populista— llevaron a que finalmente el gobierno mexicano destruyera en 1938 el tan odiado enclave petrolero.

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Sigue de la página siete

Pero fue justamente entonces cuando el sindicato, que en un principio había sido mero instrumento, dio muestras de vida propia. Pese a la crisis en que se sumió la actividad petrolera —y la vida económica del país— a causa de la nacionalización, el STPRM insistió en que la empresa nacionalizada debería otorgarle las mismas prestaciones que se habían demandado a los extranjeros antes de la crisis o que, en caso contrario,

le entregara la administración de Pemex. Las negativas del general Lázaro Cárdenas a ceder en estos puntos llevaron a tensiones e incluso a sabotajes. A don Jesús Silva Herzog (el viejo) por ejemplo, la situación al frente de la gerencia de la distribuidora se le hizo tan insostenible por su conflicto con el sindicato que decidió renunciar en 1940.

★

EL gobierno de Cárdenas y el de sus sucesores debieron negociar su relación con el sindicato y ceder en

campos que consideraron secundarios. En buena medida ese es el origen de la corrupción de Pemex. Por ejemplo, mientras la producción de petróleo crudo aumentó en un 2% entre 1937 y 1946, el número de trabajadores aumentó en 62%. Con el paso del tiempo, el nivel de vida de los petroleros de Pemex aumentó hasta ser uno de los más altos de la fuerza de trabajo nacional, y sus líderes tuvieron más o menos carta blanca para controlar a sus agremiados, vender plazas, hacer contratos con Pemex y construir notables feudos locales de poder. El precio de la cooperación del sindicato con el gobierno aumentó notablemente cuando el auge petrolero reciente puso en manos de Pemex el destino económico del país y con él, cantidades fabulosas de recursos. Con la crisis esta situación se torna intolerable.

Es muy posible, como lo sospechan los propios líderes petroleros, que la mano del gobierno esté detrás de la actual lucha interna del STPRM y de la exposición pública de sus increíbles lacras. Es deseable y necesario que la depuración que se inició en la administración de Pemex se extienda hasta su sindicato por el bien de los trabajadores petroleros y, sobre todo, del país. Las raíces del mal crecieron con la tolerancia y complicidad del gobierno y en nuestro sistema sólo una decisión política hecha en el más alto nivel y llevada a cabo sin compromisos puede controlar fuerzas tan poderosas y brutales como las que vemos que imperan en el S.T.P.R.M. La depuración de los grandes sindicatos del sector oficial será una prueba de fuego para la "renovación moral" de Miguel de la Madrid. Por el bien de todos, confiemos en que no falle.